

San Agustín

Confesiones

Prólogo, traducción y notas de
Pedro Rodríguez de Santidrián



Alianza editorial
El libro de bolsillo

Título original: *Confessiones Sancti Patris nostri Augustini*

Primera edición: 1990
Tercera edición: 2011
Octava reimpresión: 2023

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© del prólogo, traducción y notas: Herederos de Pedro Rodríguez de Santidrián
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1990, 2023
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-206-5340-2
Depósito legal: B. 22.144-2011
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: alianzaeditorial@anaya.es

Índice

- 9 Prólogo
- 23 Bibliografía
- 26 Datos cronológicos de la vida de San Agustín

Confesiones

- 31 Libro I
- 56 Libro II
- 70 Libro III
- 90 Libro IV
- 115 Libro V
- 139 Libro VI
- 167 Libro VII
- 197 Libro VIII
- 226 Libro IX
- 257 Libro X
- 313 Libro XI
- 346 Libro XII
- 382 Libro XIII

Prólogo

Presentar a San Agustín vale tanto como presentar este libro de sus *Confesiones*. En ellas no pretende otra cosa más que ponerse en claro consigo mismo y mostrarse tal cual es. Como en sus *Soliloquios*, «no quiere conocer otra cosa más que el alma –su alma, la del hombre– y Dios. ¿Nada más? –Nada más»¹.

El título de *Confesiones* obedece, sin duda, a la triple significación que el verbo confesar adquiere en el ámbito clásico y cristiano. Significa confesar o declarar la fe, confesar los pecados y alabar a Dios. Las *Confesiones* son, por tanto, confesión de Dios y confesión a Dios. «Mis confesiones alaban a Dios justo y bueno tanto por mis males como por mis bienes»². Conviene insistir en el significado del título y su aplicación a nosotros hoy. Necesitamos sincerarnos, encontrarnos, identificarnos no sólo ante el psiquiatra, sino ante

1. San Agustín, *Soliloquios*, c. II.

2. San Agustín, *Retractaciones*, c. 6.

nosotros mismos y ante Dios. No estará mal recordar el «*nosce te ipsum*» socrático y delfico. O la pregunta resumen de toda la filosofía según Kant: ¿Qué es el hombre? Este libro se convierte así en el primer libro de filosofía y pedagogía, pues nos lleva a inquirir sobre nosotros mismos.

Puestos a encontrar un lugar dentro de la producción literaria, las *Confesiones* están a caballo entre la autobiografía y las memorias. Él mismo crea el género, ya que no encontramos nada semejante en la Antigüedad clásica. Por otra parte, *Confesiones* inicia una serie de imitadores que llegan hasta nuestros días sin verse superada. Se coloca así entre las grandes obras de la creación literaria universal, patrimonio de todos los hombres.

¿Qué son, pues, las *Confesiones*? Un itinerario, una peregrinación tortuosa y atormentada del hombre Agustín hacia Dios. Agustín camina hacia el encuentro consigo mismo y con Dios en un diálogo apasionado, inquisitivo, hasta encontrar el fundamento de su vida. Es el testigo del Dios invisible que se aleja y se acerca y que guía por infinitos caminos a un hombre.

El itinerario empieza en la infancia, entra en la puericia, sigue en la adolescencia y termina en la juventud. Quedan fuera del itinerario de las *Confesiones* la edad de la virilidad y ancianidad. San Agustín cierra sus memorias en el momento de su conversión, año 387; por tanto, cuando era joven. Tenía treinta y tres años. El resto de sus días hasta el 430, en que muere en Hipona, nos llegan por otros documentos, sobre todo por la tradición y la vida que del Santo escribiera su discípulo Posidio³.

3. *Vita Sancti Augustini scripta a Possidio*. Obras de San Agustín, BAC, tomo 1, 1946.

Las *Confesiones* están divididas en trece libros. Los estudiosos de San Agustín ven en la obra tres partes o cuerpos perfectamente diferenciados. La primera parte –Libros I-IX– son las auténticas *Confesiones* en el sentido que hemos visto más arriba. En efecto, el autor habla de su itinerario de la memoria hasta el momento de la conversión. La segunda parte –Libros X y XI– es una reflexión profunda sobre el significado del hombre: quién y qué es el hombre. Finalmente, la tercera comprende los Libros XII y XIII y es una interpretación de los primeros capítulos del Génesis.

La estructura peculiar de estos últimos capítulos ha hecho creer que no formaban parte de las *Confesiones* en su primera redacción, lo que hace que muchas ediciones populares no los incluyan. Creemos que es un error, pues nos privan del pensamiento y estado interior de Agustín después de su conversión. De todas formas, el estudio interno de la obra lleva a los estudiosos a hacer distintas interpretaciones y divisiones de la misma.

Sin ánimo de prejuzgar la lectura directa del lector y de hacerse su propia división, ofrecemos aquí una especie de guión de lectura de los distintos libros. En ningún caso queremos suplantar la lectura –repetimos– directa y personal del libro.

- Libro I. Infancia.–En la escuela de Tagaste y, después, de Madaura.–Una enfermedad le pone al borde de la muerte, pero no recibe el bautismo.
- Libro II. Pasa un año en casa antes de ir a Cartago a completar sus estudios.–Estudio psicológico y moral de su adolescencia.–El robo de peras.
- Libro III. Sus estudios en Cartago, donde se entrega a una vida relajada.–La lectura del *Hortensius*,

- de Cicerón, despierta su gusto por la filosofía.—Primeros contactos con los maniqueos.—La preocupación de su madre, Mónica, que tiene una visión sobre él.
- Libro IV. Profesor de retórica en Tagaste.—Se une afectivamente a una «compañera».—Está interesado por la astrología.—La búsqueda y el disfrute de la amistad: enfermedad y muerte de un amigo. Escribe su primer libro (hoy desaparecido): *Belleza y proporción*.
- Libro V. Encuentro con Fausto en Cartago.—Decepción de Agustín ante la palabrería y los errores de Fausto y de los maniqueos.—Se traslada a Roma contra los deseos de su madre.—Frecuenta en la ciudad las reuniones de los maniqueos.—Decepción de los maniqueos y fuerte atracción por los neoplatónicos.—Profesor de retórica en Milán.—Escucha los sermones de San Ambrosio, que le impresionan pero todavía no le convencen.—Abandona definitivamente las teorías maniqueas.
- Libro VI. Su madre, Mónica, llega a Milán.—Sigue asistiendo a los sermones de San Ambrosio, que poco a poco le hacen cambiar sus ideas sobre el cristianismo.—Se encuentra con la Biblia, que rechaza al principio y que descubre ahora como fuente de verdad.—Retrasa su aceptación de la fe por su incapacidad de ser casto.—Intentos de matrimonio y separación de su «compañera».
- Libro VII. Los libros platónicos le ayudan a concebir a Dios como ser espiritual.—La explicación del

problema del mal.—El mal como perversión de la voluntad, no como una sustancia, tal cual los maniqueos pretenden.—La lectura de las epístolas de San Pablo.

Libro VIII. Conversión de Victorino y su influencia sobre Agustín.—Siguen las dificultades de sus ambiciones humanas y de su falta de castidad.—En el jardín de su casa, el canto de un niño lo interpreta como un mensaje dirigido a él.—Conversión total interior y alegría de su madre.

Libro IX. Abandona sus compromisos como profesor y se retira con sus amigos a la granja de Casiciaco.—Bautismo en Milán en la Pascua de 387.—Deja Milán camino de África con su madre y sus amigos.—Espera en Ostia y muerte de su madre.

Libro X. Pide a sus lectores que le den gracias a Dios por su conversión y recen por él.—Se extiende en la consideración de los poderes de la memoria.—Todos buscan la felicidad, pero sólo se encuentra en Dios.—La fuerza para dominar las distintas tentaciones nos viene de Dios.—Cristo es el único Mediador que nos reconcilia con Dios.

Libro XI. «En el principio creó Dios los cielos y la tierra...» Explicación del primer versículo del Génesis. —Dios creó el mundo por su sola Palabra.—Responde a la pregunta: ¿Qué hacía Dios antes de hacer el cielo y la tierra?, diciendo que carece de sentido preguntarse lo que hacía Dios «entonces», pues no existía el tiempo.—¿Qué es, entonces, el tiempo?

- Libro XII. Sigue explicando qué significa la palabra «cielos» y «tierra».—Explicación de la obra del segundo día: «el firmamento».—La obra del tercer día: la tierra y el mar.—El significado de la expresión «los cielos de los cielos».—Diferencia de éstos con respecto a la creación material.—El autor discute otras interpretaciones de los versículos 1 y 2 del Génesis.
- Libro XIII. Interpretación alegórica del primer capítulo del Génesis.—Significado de la «obra de los seis días»: la luz, el firmamento, las aguas, la tierra, los animales, el hombre.—La creación del hombre a imagen y semejanza de Dios, dotado de razón para poder entender la verdad de Dios.—Su poder sobre animales y plantas.—El descanso del séptimo día que hizo Dios es símbolo y ejemplo del nuestro en la eternidad.

Creo que no está dicho todo sobre las *Confesiones* con esta simple visión de la obra. Quien pretenda leer a este autor africano de los siglos IV-V de nuestra era no se puede contentar con seguir linealmente el itinerario. Ha de hacer alguna parada para reflexionar y encontrarse consigo mismo. Se ha de preguntar por el mismo secreto de este libro y las ideas-fuerza sobre las que gira.

Es ya tópico definir al hombre como animal indigente, de carencias. El animal más indigente. En las *Confesiones*, San Agustín aparece como el eterno indigente de verdad, de amor y de belleza y armonía. Estas tres carencias son otros tantos agujeros que dan a su existencia un sentido de bús-

queda y de lucha. Un sentido agónico –casi trágico– que da a todos sus actos la emoción apasionada de lucha.

Su peregrinación tortuosa y jadeante es por la verdad. Hasta que por fin pueda exclamar: *sero te novi*. «Tarde te conocí, verdad, siempre vieja y siempre nueva.» Por otra parte, la necesidad de «amar y ser amado» –*amare et amari*– hace aflorar la veta más humana de Agustín. El amor se torna amistad. Hay en el libro páginas inolvidables sobre la amistad, la compasión y el dolor de los amigos. El amor y la amistad llevan a Agustín por todos los caminos hasta que se produce el encuentro con el amigo de verdad.

¿Y qué diremos de la carencia y necesidad de belleza, armonía? ¿O es que amor, verdad y belleza pueden separarse? ¿No son las fuentes de esa ansiada armonía y equilibrio que desembocan en el ocio como único medio de comunión con el mundo, los hombres y Dios?

Esta indignancia fundamental que siente Agustín dentro de sí mismo le lleva a descender al «abismo de la conciencia humana» –*abyssus humanae conscientiae*–. ¡Nada menos que al descubrimiento de la conciencia humana, llena de contradicciones y recovecos! ¿Y para qué? Simplemente para encontrarse a sí mismo y ver quién es, qué es y cómo es. El descendimiento a las profundidades de la propia conciencia resulta una necesidad para poder encontrarse. Él mismo nos dirá *noli foras ire, intra teipsum reddi*: «no vayas fuera, entra dentro de ti mismo», donde encontrarás el origen de todos tus bienes y de todos tus males. Yo soy el que quiero y el que no quiero, el que busco, el que consiento. Mi corazón es el centro de la controversia y disputa que hay en mí.

Resulta así que Agustín es el primer navegante y buceador de los mundos oscuros del yo interior, de la conciencia.

En ese yo interior –que vuelve sobre sí mismo– es donde encuentra el hombre la realidad más íntima que su mismo yo. En lo más hondo e íntimo de mí mismo está Dios. El yo le ha servido como vía de trascendimiento hacia la realidad suprema en la que se encuentra la verdad, el amor y la belleza. Es el peso profundo que nos arrastra y nos lleva.

Pero resulta también que ese yo interior está impedido y atraído por la realidad que le rodea y que anhela poseer. Y este desdoblamiento del yo interior hace aflorar al hombre concupiscente o libidinoso. Son las tres concupiscencias de dominar, de ver y de sentir: concupiscencias de la carne, de los ojos y la *ambitio saeculi* o voluntad de poder o dominio del mundo. En el análisis de este hombre interior y exterior y en la lucha entre ambos está todo el mordiente de este libro, la vida de Agustín y de cada uno de nosotros.

Téngase en cuenta, sin embargo, que la inquisición agustiniana de la verdad, del amor y de la belleza y su bucear en el yo interior no es un mero ejercicio filosófico-dialéctico. Lo suyo es algo existencial: un problema que vive, que le afecta y que quiere resolver. Lo suyo es explicarse a sí mismo en la búsqueda de una salvación que termina en alguien superior a él. Esta situación peculiar del individuo Agustín que se encuentra diluido, distendido, perdido y que se encuentra a sí mismo en Dios crea el encanto de su estilo particular.

¿Para quién escribe? ¿Qué pretende cuando escribe? ¿Inventa la realidad? ¿La desfigura? Surge así el problema de la historicidad de las *Confesiones*. ¿En qué medida reflejan una situación y unos hechos que fueron narrados con treinta o cuarenta años de distancia? Sabemos que las *Confesiones* fueron escritas quince años después de la conversión de Agustín y que en ellas se nos narran hechos acaeci-

dos con mucha anterioridad. Sabemos también que el ánimo y la mentalidad de Agustín habían cambiado totalmente. ¿Cabe, pues, ver una reconstrucción *a posteriori* y que sale del baúl de los recuerdos?

Y en el peor de los casos, ¿no serán las *Confesiones* una labor de retórica del gran retórico que fue San Agustín? ¿No transforma los diálogos platónicos –Platón fue su gran maestro– en el gran diálogo sincrónico-diacrónico con Dios? Que los expertos y los críticos lo dilucidén. Yo me quedo con el testimonio del mismo Agustín en sus *Retractaciones*⁴: «Los trece libros de mis *Confesiones* alaban a Dios por mis males y mis bienes, y despiertan hacia él el humano entendimiento y corazón. Por lo que a mí se refiere, este efecto me produjeron cuando las escribí y este mismo me producen ahora cuando las leo. Qué entienden los demás de ellas no lo sé». Y este otro: «Créeme a mí en ellas, no a lo que otros digan de mí. Préstame atención en ellas y ve lo que fui en mí mismo y por mí mismo»⁵.

En efecto, las *Confesiones* son una obra histórica que narra con fidelidad el hecho central de la vida de Agustín: su conversión al cristianismo en 387. Es una triple conversión: psicológica, moral y espiritual o teológica. Es un cambio en la manera de pensar, de vivir y de ser. Se trata de una ruptura total con el pasado, detestando los pecados cometidos y el mal hecho. Y finalmente una vuelta a Dios en la fe y en la Iglesia que él llama *católica*.

A vuelta de página, el lector –que por distintas razones quiera adentrarse en las páginas de las *Confesiones*– ha de

4. *Retractaciones*, c. 6.

5. Carta al conde Darío, *Carta* 231,6.

saber situarse ante el autor de este libro. Hace años, cuando yo explicaba en los cursos de filosofía la figura y el pensamiento de San Agustín, un joven estudiante me preguntó si era de color negro. San Agustín es un africano, un profesor de retórica africano que nace y crece en la cultura de Roma. Un africano de nacimiento y un romano de ideas y sentimientos. Como tal habla y piensa. Y una vez convertido al cristianismo trata de expresarse en las categorías cristianas de su tiempo.

Su lengua es la lengua clásica del latín tardío del siglo IV. Habla y escribe para oyentes y lectores del siglo IV. Conoce a fondo del latín clásico de Cicerón y Virgilio, se expresa, no obstante, con las expresiones propias de su siglo. El latín es un instrumento apto para expresar todo su fondo interior y aún encuentra tiempo para introducir expresiones y vocablos nuevos. Hay que añadir además la circunstancia de su condición de lector bíblico y cristiano. De este conocimiento del mundo nuevo en que se ha adentrado por la conversión nace el nuevo lenguaje bíblico cristiano.

Pero decir todo esto quizá no sea decir nada respecto al estilo. El estilo es la persona. El estilo es él: interrogantes, paradojas, juegos de palabras, ritmos, cortes, grandes períodos, antítesis. No deja de sorprendernos la cadena infinita de interrogantes que a lo largo del libro se dirige a sí mismo, a los demás, a Dios... El lector queda arrastrado por la fuerza de un estilo hasta quedar atrapado también en sus preguntas.

Todas estas cualidades convierten a San Agustín en uno de los escritores imprescindibles, maestro en el género de las memorias y de la autobiografía. Si el lector puede leerlo en latín –incluso sirviéndose de una edición bilingüe–, podrá comprobar y experimentar lo que decimos.

Una nueva traducción de las *Confesiones* de San Agustín debe llevar como prólogo una cierta declaración de intenciones por parte de su autor. Para mí, la primera y fundamental es que ni en este caso ni en ningún otro existe una traducción definitiva, como no existe tampoco una única lectura de un texto. San Agustín es sin duda el autor que más traducciones ha tenido a nuestra lengua. Tres en el siglo XVI, dos en el XVIII, media docena en los siglos XIX y XX. Esta misma abundancia muestra lo que venimos diciendo: la necesidad que siente el lector de nuevas lecturas y acercamientos al hombre Agustín.

La presentación de una nueva traducción de las *Confesiones* de San Agustín obedece para mí a otras razones de diversa índole. La primera y fundamental es que el problema del hombre Agustín es el problema del hombre de hoy: el problema de su dispersión y de su inquietud, el problema de su crisis y de su redención..., la sugestión y la fuerza de su enseñanza, que no ha disminuido aunque hayan cambiado los términos.

Hay una segunda razón de tipo coyuntural. Es la fecha de su conversión al cristianismo, el 24 de abril de 387, fecha clave en este libro de las *Confesiones*. Es precisamente este acto donde aparece la claridad sobre sí mismo y su propio destino, el mensaje auténtico que nos da a los hombres de hoy. Este mensaje necesita ser leído en la misma clave agustiniana de afirmación existencial de Dios como realidad personal y suprema frente al agnosticismo titubeante y vergonzante que nos envuelve.

Y hay una tercera razón, para mí la más importante. No es bueno que un autor universal y permanente quede anclado en el tiempo por traducciones de otras épocas que lo vieron con actitudes y puntos de vista distintos. Una

traducción es una manera nueva de ver y de interpretar al texto y al autor. El San Agustín de hoy debe dirigirse con sus *Confesiones* a hippies, obreros, patronos, intelectuales, periodistas, estudiantes. Debe aparecer pensando, razonando y hablando en voz alta en las pantallas de televisión.

Sucede, sin embargo, que las palabras, los biógrafos, las instituciones han hecho de él un hombre del pasado. Un padre de la Iglesia que habla otro lenguaje. Cabe afirmar que San Agustín está secuestrado por los mismos que le leen y que le siguen.

La presente edición quiere acercar a San Agustín al mundo de hoy. Es una versión para laicos que tienen problemas de fe en los hombres, en la vida, en las cosas. Y también en Dios. Y es una traducción nueva –véase el final de esta misma Introducción– que emplea el lenguaje del hombre de la calle. Piensa que Agustín no es de uno solo, ni de un grupo o institución, ni siquiera de los que se dicen cristianos. San Agustín somos todos nosotros, buscadores de la mentira y de la verdad, de los ídolos y de Dios.

En mi deseo de transmitir un eco del Agustín auténtico de las *Confesiones*, me rodeé de las mejores traducciones nacionales y extranjeras. Ello me permitió ver las distintas tendencias y las influencias de unas sobre otras. Por ejemplo, me sorprendió ver la influencia que la traducción del clásico padre Ribadeneira tiene sobre traducciones modernas, aunque no se dice. Lo podría mostrar en traducciones que pasan como perfectas.

Sería pedante por mi parte encomiar la presente traducción. «Una traducción, siempre sale mal. Cuando uno mide la diferencia entre el original y la traducción, se inclina a la modestia... Se puede decir de una traducción lo mismo que

decía Valèry de un poema: que nunca está terminado, sino abandonado.»

Es lo que puedo decir, y siento de mi traducción. Que el lector la juzgue. Sí debo aclarar lo que he pretendido: una lectura fácil y accesible al lector de la calle. Una lectura fácil para universitarios y estudiantes a los que se les pide con frecuencia un comentario de texto en castellano incomprendible. Tal, por ejemplo, el texto del padre Ceballos (siglo XVIII), tan divulgado. He querido hacer un texto *omnibus*, de lectura ligera y sobria. He preferido la frase corta, evitando construcciones gramaticales de subordinación. He evitado también las notas. Creo que el texto está por encima de cualquier glosa. Y San Agustín –como la Escritura– ha de leerse *sine glossa*.

Con este mismo fin de claridad y facilidad de la lectura he creído un deber citar los textos bíblicos –sobre todo de los *Salmos*, que tanto abundan– no por la traducción de la *Vulgata*, sino por las traducciones modernas de la Biblia, hechas directamente del hebreo. Las razones no son arbitrarias. El texto bíblico citado por San Agustín se transcribe de memoria. Es un texto anterior a la misma *Vulgata*. El lector no encuentra a mano el texto latino antiguo. En consecuencia, me he servido de la traducción de la *Biblia de Jerusalén*.

Ya solamente resta decir que tampoco aceptamos el dilema de literalidad *versus* belleza. Hay maneras de infidelidad en el matrimonio y en la traducción. La literalidad puede convertirse en la mayor infidelidad.

Bibliografía

1. Obras completas

Patrología Latina (Migne), vols. 32-47.

Corpus scriptorum ecclesiasticorum latinorum (CSEL), vols. 12, 25, 28, 33, 34, 36, 40, 41-4, 51-3, 57, 58, 60, 63...

Obras de San Agustín. Texto bilingüe. Hasta la fecha publicados 30 volúmenes en la Biblioteca de Autores Cristianos (BAC).

2. Las *Confesiones*

El texto de las *Confesiones* ha estado sometido a un estudio crítico constante desde la *Editio princeps* hecha por J. Mantelin entre 1465-1470. Puede decirse que todos los grandes impresores y editores del Renacimiento se esmeraron por presentar su edición latina. Así en los siglos XV-XVI aparecen diversas ediciones en Basilea, París, Amberes, Roma, etc.

Posteriormente se han hecho ediciones cada vez más ajustadas y con un texto más fiable. La primera es la llamada *Editio Maurina*, debida a los benedictinos de la *Abadía de San Mauro* (siglo XVIII), que prácticamente ha servido de base a las traducciones modernas. En el siglo XIX aparecen las ediciones de Knoell dentro de la famosa colección de *Escritores Eclesiásticos Latinos*, que hemos citado arriba.

Ha sido, sin embargo, nuestro siglo el que mejores ediciones ha preparado del texto latino de las *Confesiones*. En 1908 aparece en Cambridge la edición de *Gibb y Montgomery*. Le sigue la italiana de *Remorino*, en 1909. En 1925-1927 la colección francesa *Les Belles Lettres* dio a luz un nuevo texto acompañado de traducción. Todavía nuestro siglo verá nuevas ediciones críticas como la de F. Skutella en la *Biblioteca Teubneriana* (1934). Le precede la del P. A. Custodio Vega, El Escorial (1930, que en 1951 hizo una edición bilingüe para la BAC. Finalmente en 1981 se publica una última edición –hasta ahora– con el texto y las anotaciones críticas pertinentes. Su autor es L. Verbeijen en el vol. XXVII del *Corpus Christianorum* (CCL).

3. Ediciones españolas de las *Confesiones*

España, como todos los países de Europa, presenta una buena lista de traducciones del libro por excelencia de San Agustín. Ha prevalecido, sin embargo, entre nosotros la costumbre de traducir los 10 primeros libros y no la obra completa.

Traducción del P. Toscano (s. xvi), texto de lectura de Santa Teresa.

Traducción del P. Pedro de Ribadeneira (1596).

Traducción del P. Gante (1723). Estas tres ediciones sólo contienen los 10 primeros libros.

Traducción del P. Ceballos (1783). Por primera vez traduce los 13 libros, que paradójicamente no se publican en la versión de este autor difundida por la Editorial Espasa Calpe. *Colección Austral*.

De las ediciones populares hechas por *Apostolado de la Prensa* y debida al P. Valentín Gómez, la publicada por EDAF en 1969, de autor anónimo, y la de *Ediciones Palabra*, hecha con P. A. Urbina (1974), todas ellas aparecen sin los tres últimos libros.

Quiero señalar todavía otras ediciones que recogen con mayor o menor fortuna los avances de la crítica moderna:

Traducción de Don Lorenzo Riber (1942), una traducción competente y preciosista, hecha como ejercicio literario.

Traducción del P. A. Custodio Vega, ofrecida en edición bilingüe, texto crítico y notas [1951 (7)]. Edición básica para el conocimiento del texto y contexto de las *Confesiones*.

Edición de Olegario García de la Fuente (1986). Catedrático de Filología Latina de la Universidad de Málaga. Gran conocedor del latín de la época que acierta siempre con el término justo.

Traducción de Alfredo Encuentra Ortega (2010).

Traducción de José Cosgaya (2010).

Traducción de Valentín Sánchez Ruiz (2010).

Traducción y edición de Agustín Uña Suárez (2009).

Traducción de Pedro Antonio Urbina (2007).

4. Estudios sobre San Agustín

a) *Fuentes bibliográficas*

NEBREDA, Eulogio, *Bibliografía agustiniana*, Roma, 1928.

Fichier Augustinien, Institut d'Etudes augustiniennes, vol. 1, *Textes*; vol. 2, *Etudes* (Author Catalog.). *Fichier-Matières* (Subject Catalog.): Bibliografía, estudios generales, biografía, obras de San Agustín, fuentes y citas, filosofía, teología, influencia. La bibliografía más perfecta y completa. Boston, 1972.

Bibliografía agustiniana, en *Obras de San Agustín*, BAC, tomo I, pp. 277-327.

Bibliografía

b) *Biografías*

- BARDY, Gustave, *Saint Augustin. L'homme et l'oeuvre*, París, 1940.
- BROWN, Peter, *Biografía de Agustín de Hipona*, traducción del inglés, Madrid, 1969.
- CAPÁNAGA, Victorino, *San Agustín, semblanza biográfica*, Madrid, 1954.
- POSIDIO, *Vida de San Agustín*, Obras, BAC, tomo I.
- PRZYWARA, E., *San Agustín. Trayectoria de un genio. Contextura de su espíritu*, Buenos Aires, 1949.
- SCIACCA, M. F., *San Agustín*, Barcelona, 1955.
- GILSON, E., *Introduction à l'étude de saint Augustin*, París, 1929.
- MUÑOZ VEGA, P., *Introducción a la Síntesis de San Agustín*, Roma, 1945.